



CRISTÓBAL DE SAN VICENTE

En la biografía que hizo D. Ángel Salcedo Ruiz de Cristóbal de Mondragón, aparece este personaje, también de Medina del Campo y de la misma época que Mondragón. El autor nos lo presenta como el ejemplo que no hay que seguir para ser buen soldado, en contraposición de Mondragón, que es el ejemplo del militar perfecto. Así nos narra las peripecias de este otro medinense:

Hijo de un hidalgo de Medina, Cristóbal de San Vicente era un hombre de fuerzas hercúleas, y tan alto, que pasaba su cabeza por encima de las de los mejores mozos del tercio. Italia fue teatro de sus proezas y aventuras. Él sólo defendió un puente, donde le habían puesto de centinela, contra muchos enemigos, y cuando llegaron a socorrerle, le hallaron rodeado de siete cadáveres. Estando en Nápoles, un soldado se atrevió a murmurar de San Vicente; lo supo éste, fue a buscarlo, y en desafío le cortó la mano derecha de una cuchillada. Un francés majadero le mesó la barba y San Vicente lo mató en un periquete con un golpe de daga. Para evitarse lances semejantes en lo futuro, se rapó barba y bigote, y así estuvo toda su vida.

Su fama de valiente llenó la ciudad de Nápoles, y acudían a él los agraviados que no se atrevían a cobrar por sí mismos la apetecida venganza o la reparación adecuada. Sobre todo de mujeres tenía numerosa clientela de menesterosas agraviadas. Una señora se acercó a él llorando, y le pidió que remediara el agravio inferido por un soldado a una hija suya con palabra de casamiento que no quería cumplir. Cristóbal le dijo gravemente:

-Avisadme, buena señora, cuando estén juntos, que yo haré por vos todo lo que pudiere.

La madre incitó a la hija para que citase al soldado, y cuando éste habíase encerrado con ella en su cuarto, acudió Cristóbal. Estaba la puerta del cuarto cerrada por dentro, pero ¿qué era obstáculo semejante para San Vicente? Dice a la madre que prepare una luz y entretanto él se sale a la calle, pone una escala y entra por la ventana, no sin romper su puerta con un tremendo puñetazo. Abre la puerta del cuarto, por donde penetró la madre con la luz. Cualquiera puede suponer el espanto del soldado cogido en la madriguera de su torpe deleite, y ante un hombretón de las fuerzas y costumbres de San Vicente. Éste le dice:

-Los hombres honrados han de cumplir las palabras que dan; habéis de desposaros con esta señora, o dejaréis la vida

-Señor San Vicente, yo lo quiero hacer de muy buena gana, porque basta quererlo vuestra merced.

Pero no bastó la promesa. El desfacedor de entuertos no se apartó de allí hasta que vino el párroco y celebró el desposorio. Concluida la ceremonia, San Cristóbal dijo: “Señor soldado, aquí me tenéis a vuestro servicio y para haceros placer; que no disgustéis a la madre ni a la



hija, porque lo sentiré mucho". Él se lo prometió y así lo hizo, porque vivieron muy bien casados.

Por este tenor llevó a cabo Cristóbal de San Vicente innumerables proezas.

Un soldado joven se quejó del agravio que le había inferido otro veterano. San Vicente se va con él a la hostería donde se holgaba el veterano con otros camaradas y algunos capitanes.

Entran, y San Cristóbal grita:

-Venid acá soldado agraviado: ¿cuál de los que están aquí es la persona que os agravió?

El soldado le señala, y San Vicente añade:

-Pues matadle, y que no se mueva nadie, que le pesará.

Dicho y hecho. Los capitanes que allí estaban no hablaron palabra, ni se movieron. Saliéronse del aposento sin que ninguno alzase los ojos. Sonó mucho esto por la ciudad de Nápoles, y todos querían a Cristóbal por amigo, por valerse de él en lo que se le ofreciese.

Cuatro tudescos acometiéronle una vez en la calle. Empezaron por reírse de él y Cristóbal les dijo:

-¿De qué es la risa, gentiles hombres?

-¿Eres tú el español valiente?- replicáronle mofándose.

-¿Quiérenlo saber?- preguntó él, y sin esperar respuesta, mató a dos, y a los otros desjarretó las piernas, que no se pudieron levantar.

Al tiempo y al reunido se habían juntado más de veinte tudescos a favor de los otros, y cuando vio la tropa de tantos, tomó el montante al criado y como un toro herido, hizo tal destrozo, que soldados honrados de de aquellos tiempos certificaron que cuando llegaron gentes que los querían meter en paz y la justicia, tenía muertos y heridos más de catorce de ellos.

Un hermano de San Vicente, llamado Juan, agravió a una dama y le pusieron preso en el castillo de Pie de Cabra. Cristóbal reunió a los soldados de su compañía y otros amigos, asaltó el castillo y libertó a su hermano, que se volvió a Medina. *"El alcaide, sólo en ver que San Vicente era el que intentó este hecho, se acobardó de tal modo, que no supo defender el castillo ni hacer diligencia alguna"*.

Felipe II quiso conocer a Cristóbal. Éste fue a palacio. Como se prolongase mucho la antecámara, subiéndosele la cólera, y gritó:

-¡Cuerpo de Dios, con tanto aguardar! Digan al Rey que ya volveré.

Y se salió de allí echando pestes, pero no sin que Su Majestad se enterase de todo, y dijera que no había en San Vicente la prudencia necesaria para ser capitán. Le volvió a mandar llamar y le recompensó con 500 ducados anuales de ventaja y 1.000 para el viaje de vuelta a Nápoles.



Ayuntamiento de Medina del Campo

Cuidaba este Cristóbal su fama de valiente hasta el extremo que *porque no le atribuyeran aquellos súbitos y cóleras que tenía, que procedían de beber vino, se privó de él y nunca lo bebió*”.